

Os he dicho, señores, todo el plan de la creacion. Os he dicho los materiales que en ella se emplearon, la manera cómo fueron dispuestos, las razones de esta disposicion, y conociendo ya vuestro principio, habeis aprendido á conocer vuestro fin. Vuestro fin y vuestro principio no son diferentes: Dios es vuestro padre, y él es vuestro fin. Es el *alpha* y el *omega* de vuestro destino, no podeis mirar mas abajo sin perderos, subir menos alto sin perecer. En vano, si sois ingratos, apelaréis á la bondad contra la justicia. Acabo de destruir esta esperanza, mostrándoos en la misma bondad la raíz de vuestros deberes. Sin duda fué la bondad quien pronunció esta sentencia: *Venid, benditos de mi Padre, al reino que os está preparado desde el origen del mundo!* (1). Pero la bondad fué tambien la que dijo estas otras palabras: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (2). Porque la bondad tiene por natural movimiento el comunicar sus bienes; y no teniendo Dios mas que dos bienes, su perfeccion y su beatitud, el efecto de la bondad divina es comunicaros los dos segun el mismo orden en que los posee. Si rehusais la perfeccion porque os es costosa, rehusais al mismo tiempo la felicidad que es su consecuencia. Este orden no depende de Dios; es su propia y rigurosa esencia, la misma esencia de la bondad, cuya sancion y nada mas es la justicia.

(1) Sen Mateo, cap. 25, vers. 34. — (2) Ibidem, cap. 5, vers. 48.

SERMON CUADRAGÉSIMO NONO.

Del hombre considerado como ser inteligente.

Ya nos son conocidos dos términos del misterio de los destinos; ya sabemos cuál es nuestro principio, y cuál nuestro fin; pero aunque este conocimiento sea de grande importancia, no nos es sin embargo suficiente. Mucho es ya el tener la seguridad de que Dios es el origen supremo de donde hemos salido; mucho tambien el saber, que nuestro objeto es alcanzar á su perfeccion y obtener su bienaventuranza: réstanos no obstante averiguar cómo hemos de caminar por esa via peligrosa, cuyos dos puntos extremos están ocupados por Dios; porque si desconocemos sus secretos hay grave riesgo de que nos extraviemos en nuestros propios caminos y de que bajemos hácia la muerte, en vez de elevarnos hácia aquel que es principio de toda vida, de toda perfeccion, y de toda felicidad. ¿Cuál es, pues, el camino que debemos seguir? ¿Se ha trazado ya? ¿Se le conoce con toda certeza?

No podeis dudarlo, señores: Dios, que nos ha revelado nuestro principio y nuestro fin, ha debido revelarnos tambien el medio de dirigirnos del uno al otro, sin lo cual no se hubiera realizado el objeto divino, que era satisfacer á su bondad, comunicándose á sus criaturas. Aquí tenemos que dejar el universo para concentrar nuestra atencion sobre el hombre en particular; porque él es el que ahora nos interesa principalmente, y porque al investigar los senderos que Dios nos ha abierto para subir hácia él, encontraremos el resto de la creacion disputándonos ó facilitándonos el paso, y la teología del hombre, en virtud de la unidad que coordina y aproxima todas las partes de la obra divina, se mezclará constantemente con la teología del universo. Pero el hombre, en lo interior de su propia naturaleza, es un ser infinitamente complejo. Por su pensamiento, pertenece al orden intelectual; por su voluntad, al moral; por la union con sus semejantes, al orden social; por su cuerpo, al físico; y por todas las dotes de su alma, al orden religioso: bajo todos estos aspectos y distintas relaciones ha recibido los medios de llegar á su fin,

que es la perfeccion y la beatitud. Preciso es, pues, que escudriñemos hasta el último pliegue de sus destinos, y que consideremos al hombre como un ser inteligente, moral, social, físico y religioso, para darnos cuenta al contemplarle bajo todos estos aspectos de las vías que la eterna sabiduría le ha preparado, y por las cuales debe marchar para no perecer. Larga es, señores, la tarea que me he impuesto, porque no tan solo comprenderá lo expuesto en las últimas conferencias de este año, sino todas las subsiguientes hasta el último día en que Dios me permita instruiros. En una palabra, siéndonos ya conocidos el principio y el fin del hombre, nada mas nos resta que hacer para agotar esta doctrina, que exponeros, segun su orden histórico y dogmático, los medios que le han sido dados para alcanzar su fin.

Empiezo, pues, desde este mismo momento, y la consideracion del hombre, como ser inteligente, me servirá de exordio.

La inteligencia es la facultad de conocer. Conocer, es ver lo que es; y ver lo que es, es poseer la verdad; porque la verdad no es otra cosa que lo que es, en cuanto puede ser visto por el espíritu. De donde resulta que la verdad es el objeto de la inteligencia, y que la funcion de esta es inquirir, penetrar y retener la verdad y vivir de ella y por ella; esta es su perfeccion y su beatitud: porque fuera de lo verdadero, el espíritu se halla en el estado de la ignorancia ó en el del error; no ve, ó ve mal, y en uno y otro caso está privado de su objeto y de su funcion, siendo semejante al ojo que mira sin descubrir, ó que descubre lo que no es realidad: órgano inútil y muerto en el primer caso, é instrumento falso y peligroso en el segundo.

Pero si la verdad es la perfeccion de la inteligencia, bien puede asegurarse sin necesidad de otra prueba, que tambien es su beatitud, porque esta es una consecuencia inevitable de aquella.

En cuanto una facultad se une á su objeto, en cuanto llena su mision, llega tambien al descanso, porque llega al término donde debe llegar; á un reposo glorioso, porque es legítimo; lleno de gozo, porque ha sido hecho por Dios á imitacion de sus propias operaciones en las cuales todo termina con alborozo. Así es, que la inteligencia, al recibir la luz de la verdad, reposa, se complace, se exalta, y es dichosa en fin, segun la naturaleza de la vision que la ilumina y la llena. Todos los dias experimentamos, señores, esta beatificacion del entendimiento. Ni aun en las regiones mas bajas de la naturaleza se halla un ser ó un fenómeno, por imperceptible que

sea, ó por insignificante que parezca, cuyo descubrimiento no nos cause una especie de deslumbramiento mágico. Todos conoceis la historia de aquel gran geómetra, que despues de haber luchado por espacio de muchos dias, por hallar la solucion de un problema, que su entendimiento no acertaba á descifrar, dió con ella sin ningun esfuerzo, cuando estaba en el baño. Enagenado de gozo y poseido de la demencia que produce ordinariamente el entusiasmo, sale del baño precipitadamente, y sin reparar en el estado de completa desnudez en que se hallaba, recorre todas las calles de Siracusa gritando: ¡Ya lo he encontrado! ¡Ya lo he encontrado! Esta es la viva imágen de las santas nupcias del espíritu con la luz inteligible, cuando el hombre se ha hecho digno de esta alianza inmaterial, por una via que disminuye la sujecion de su doble naturaleza al orden inferior. Estos bellos goces dependen á un mismo tiempo de la grandeza del espíritu y de las ideas que lo inundan; estas crecen con las márgenes del rio de la inteligencia, y con el torrente luminoso que penetra en su alveo.

Algunas veces el espíritu es grande, sin que lo sea la luz; entonces tienen lugar aquellas tristezas misteriosas, cuyo sello habeis reparado tantas veces en las frentes de muchos de vuestros contemporáneos. Víctimas estos hombres de la duda, han bebido en la copa de la sabiduría sin llevar á sus labios la de la verdad. Han estudiado los siglos, interrogado á los mares, y consultado los astros; nada se ha escapado á sus perspicaces meditaciones, y sin embargo, un velo espeso cubre sus ojos y no les permite penetrar hasta el fondo de lo mismo que ven, ni darse cuenta de los resplandores de su propia vida. Sus luces son hasta tenebrosas; cada nuevo descubrimiento que hacen, es otro abismo mas que se presenta á su vista, y semejantes al labrador, que arando en los campos de Tebas ó de Babilonia, tropieza á cada momento con ruínas desconocidas, estos poderosos investigadores de la naturaleza, á cada surco que abren en la inmensidad de las cosas, hacen salir del seno mismo de la ciencia grandes y dolorosas oscuridades. Estos hombres no gozan ni de la paz de la ignorancia, ni de la del error; ven demasiado para no saber algo, y muy poco para conocer, y por grande que sea el crimen que les oculta la verdad, al menos tienen la honra de considerarse desgraciados por no poseerla.

Pero si despues de las indecibles angustias de la duda se rasga por fin el velo, entonces la inteligencia recibe uno de esos golpes cuyo delicioso suplicio no hay lengua que sea capaz de describir. Entonces

se levanta Agustin, y siéndole importuna por primera vez hasta la misma amistad, va á esparcir su alma derramando un torrente de lágrimas solitarias. El gran sabio, extraviado y engolfado hasta entonces en el vano amor de la gloria y de las criaturas, ve desaparecer en un solo momento todos los encantos que le han seducido durante su juventud. La verdad triunfa en su corazon, y nada le seduce ya en las deliciosas llanuras de Lombardía; en nada reputa el renombre de sabio que tanto atractivo habia tenido para él poco tiempo ántes, y mira con desprecio los dulces juramentos que hacen las delicias de los corazones extraviados. En cuanto la luz penetra en su alma, se decide á abandonar aquellos sitios, testigos de sus pasadas debilidades; y cogiendo por la mano á su santa y anciana madre, parte inmediatamente, y desde el puerto de Ostia cree divisar aquella sombría soledad que ha de ocultarle para siempre á la admiracion del mundo, y en donde van á enterrarse todos los sueños de su vida pasada. ¡Lágrimas de los grandes hombres, sacrificios heróicos, virtudes nacidas en un solo instante y que los siglos no pueden ya destruir, vosotras nos enseñais cuánto vale la verdad!... ¡Vosotras nos probais, que ella es efectivamente la perfeccion y la beatitud de la inteligencia!...

Esta es, señores, la razon de que uno de los mayores crímenes que podemos cometer, es el hacer traicion á la verdad y trabajar contra ella; porque esto es aborrecer nuestro primer bien, y enturbiar nosotros mismos las cristalinas fuentes en donde hemos de beber toda nuestra gloria y felicidad. ¿Qué es el hombre sin la inteligencia, y qué es esta si no va unida á la verdad? Si le quitais al hombre la inteligencia, queda reducido á ser el rey destronado del mundo animal; si dejándosela, le envidiais el don de la verdad, le abris un abismo tan profundo como lo infinito, le entregais á los tormentos de un hambre que jamás se verá saciada, y le abandonais á una porcion de aspiraciones con las cuales no podrá alcanzar sino sombras vanas en medio de un vacío inmenso y engañoso. ¡Puede darse una suerte mas horrorosa que esta!... ¡Puede haber otro crimen mayor que hacerse uno mismo el instrumento que á ella conduce!... Por esto fué siempre aborrecida la mentira, y por esto se mira con desprecio á todo el que se sirve de ella, aun en las cosas en que por su insignificancia parece que podria ser digna de excusa. Nosotros no perdonamos nunca al hombre, que poseyendo lo verdadero, lo reemplaza á sabiendas con lo que es falso ó erróneo. ¡Cuánto menos perdonarán Dios y la humanidad á los que se levantan de propio in-

tento contra las doctrinas mas santas que nos han legado los siglos, y que, desesperando de poder vencerlas por medio de una discusion pacífica, echan mano para combatirlas de todos los recursos de la astucia y de la violencia! Muchas veces lo hemos visto, y jamás debe perderse la ocasion de protestar contra esas cobardes conjuraciones de la fuerza; tampoco es nuevo ver á los poderes, instituidos para la conservacion de todos los derechos, declarar una guerra abierta al principal de ellos, al primero entre todos los bienes, que es la verdad. Envidiosos del poder que esta ejerce, que es en efecto el mas grande que en el mundo se conoce, se esfuerzan por destruirla, para colocar en su lugar, convirtiéndolo en provecho propio, el reinado de los intereses y de las pasiones. Cualquiera cosa les acomoda mas que la verdad, y todo lo aceptan, todo lo protegen y á todo conceden una completa libertad menos á ella. Persíguenla tan exclusivamente y con tanto arte y perseverancia, que este mismo ahinco que emplean en combatirla, hace que sea reconocida y acatada por todo el mundo.

Pero no os admireis, señores, si llega un dia en que la verdad se venga terriblemente de los que la oprimen. Como no es posible derrocar la autoridad sin haber herido ántes el entendimiento humano, atacándole en sus mismas raíces, sucede que llega un momento en que alucinados los hombres y prescindiendo de todo temor y de todo respeto, se lanzan contra todo lo que existe. Este es el dia de las represalias; dia profetizado por San Pablo en una de sus cartas á los romanos: «La ira de Dios se revela desde lo alto del cielo contra la impiedad y la iniquidad de esos hombres que retienen la verdad de Dios en la injusticia (1).» Entonces palidecen los reyes, y se perturban los reinos; Babilonia se cubre de tinieblas; Baltasar ve la mano que le condena, y la espada de Ciro no aguarda al dia siguiente para ejercitar las venganzas divinas. No creais, señores, que estos ejemplos sean inventados por mí para atemorizaros; cuanto acabo de deciros es sacado de los libros sagrados, donde podeis verlo si gustais. ¡Ahora vivid alerta, porque estamos en Babilonia, y asistimos al convite del rey Baltasar!

¿Deberé pedir os perdon por haber dejado á mi alma que se entregase á las emociones propias de un tiempo tan fértil en grandes enseñanzas? ¿Habré vendido acaso los intereses de la verdad al mostraros en las catástrofes de nuestro siglo el papel vengador que

(1) Cap. 1, vers. 18.

está representando? Si lo he hecho, perdonadme ella y vosotros, y subamos todos reunidos á las regiones celestes, en donde nada terrenal se mezcla á la contemplacion de las causas y de las leyes.

Acabo de sentar que la verdad es la perfeccion y la beatitud de la inteligencia, y puesto que Dios al criarnos ha querido comunicarnos la perfeccion y la beatitud, de aquí deduzco yo como una consecuencia legítima, que tambien nos ha comunicado la verdad. Esto es en efecto lo que enseña la doctrina católica. Si la escuchamos, ella nos dirá que Dios al ponernos en el mundo no ha abandonado nuestro espíritu á la contingencia de los descubrimientos, sino que le ha iluminado desde un principio con un conocimiento tal, que desde entonces habitaba en él realmente la verdad. ¿Y cuál era ese conocimiento primitivo que, á pesar de no ser infinito, era sin embargo la verdad? Esta pregunta nos conduce naturalmente á la definicion que os he dado al principio de esta conferencia. La verdad, os he dicho, es todo lo que *es*, en cuanto puede ser percibido por el espíritu. Aquí nos hemos detenido sin entablar otra cuestion, que ahora ya no nos es posible evitar. ¿Qué es todo lo que *es*? ¿entendemos por esto el cielo, la tierra y los mares? ¿Es esto todo lo que *es*? ¡Pero cómo! el cielo, la tierra y los mares, la misma humanidad y todo cuanto vemos tiene tal carácter de cambio y de limitacion, que no podemos reconocer en todo ello nada de la grandeza que encierra esta palabra: *ser*. Las lenguas humanas han agotado toda su elocuencia y toda su energía para expresar la *nada* de las cosas visibles; y sea cual fuese la voluntad del orgullo, para glorificar el teatro en que se agita, todo lo mas que se puede hacer en favor del universo, es descubrir allí esa sombra del *ser*, y por consiguiente una sombra de la verdad. ¿Dónde está el *ser*? ¿Dónde se encuentra lo que *es*? ¡Ah! yo lo presiento, y hasta lo sé. El *ser* es la unidad absoluta, eterna, infinita, la pluralidad sin division, el océano sin playas, el centro sin circunferencia, la forma sin figura, el todo en fin, fuera del que todo lo que *es* no es mas que un hecho y un don. ¿Y á quién he nombrado yo, señores, en lo que acabo de decir? He nombrado á aquel que ha dicho de sí mismo: *Ego sum, qui sum*: Yo soy el que soy (1). He nombrado al que á aquellas palabras ha añadido estas otras: *Ego sum veritas*: Yo soy la verdad (2). ¡He nombrado á Dios! Ved ahí el *ser*, ved ahí la *verdad*. Solo Dios es la *verdad*, porque solo él es el *ser*. Él no tiene la verdad como una

(1) Exodo, cap. 3, vers. 14. — (2) Evang. de San Juan, cap. 14, vers. 6.

cosa extraña á su *ser*, sino que *Él* es sustancial y personalmente la verdad, porque es el *ser* poseedor de sí mismo, y porque es á la vez y por un solo acto el ojo que ve, el objeto que es visto y la vision. El que le conoce, lo conoce todo; el que no le conoce, no conoce nada. ¿Qué es lo que conoceríais vosotros fuera de él? Los fenómenos de este mundo, sus leyes, la composicion y descomposicion de los cuerpos, la ciencia del polvo. ¿Pero qué digo? ¡La ciencia del polvo!... Ni aun eso llegaríais á conocer, porque para lograrlo era precisopenetrar al menos la última razon de un átomo; ¿y en dónde la hallaríais si desconocieseis á Dios, que es principio y fin de todas las cosas?

De aquí provienen, señores, aquellas quejas de los mayores talentos sobre la miseria de la ciencia, quejas tan elocuentemente expresadas por Salomon, el mayor entre todos los sabios, que dice: « He visto todo cuanto se hace debajo del sol, y hé ahí que todo es vanidad y afliccion del entendimiento (1). » Esto consiste en que la verdad no está debajo del sol sino mucho mas arriba; está en Dios, sin el cual nada conoce el hombre, ni cielo, ni tierra, ni lo presente, ni lo venidero, ni al hombre, ni aun siquiera su propio corazón. Quanto mas aprende el hombre sin Dios, y fuera de Dios, tanto mas se va ensanchando el círculo de sus dudas y de sus tormentos. Al contrario, aquel á quien Dios es revelado, se encuentra de un solo golpe en el centro y en la circunferencia de las cosas; ve el germen inicial de ellas, su desarrollo, su término, y su razon; aun cuando nada sepa de sus pormenores, mide el conjunto, y su pensamiento reposa en paz, con el doble gozo del conocimiento y de la certidumbre. En una palabra, siendo Dios la verdad, es el objeto propio de nuestra inteligencia, es su perfeccion y su beatitud, y cuando yo os decia ahora mismo que desde nuestro origen nos habia concedido Dios el don de la verdad, queria daros á entender que desde aquel instante se habia revelado á nosotros. Las palabras que leo en la primera página del Evangelio de San Juan son una confirmacion de lo que acabo de decir. « Hubo, dice, un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan... Él no era la luz, pero vino para dar testimonio de la luz. Aquel era la luz verdadera, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo (2). » En efecto, si existe una luz soberana, madre de todos los espíritus, su primer acto, cuando vienen al mundo, debe ser el de iluminarlos, y esto no puede

(1) Eclesiástico, cap. 1, vers. 14. — (2) Cap. 1, vers. 6, 8 y 9.

hacerlo sino dándoles á conocer su principio, que es Dios; su fin, que es Dios; su verdad, que es Dios. Si ella no lo hiciese así, ¿qué medios tendrían aquellos de cumplir su destino, tendiendo á su fin? Ninguno. Así la verdad no les es debida solamente á título de perfeccion y de beatitud de la inteligencia, débeseles además, como medio primero y necesario, sin el cual, ignorando el término de su vida, les sería imposible dirigirse hácia él, y mucho mas imposible aun el llegar á alcanzarlo. Justamente la doctrina católica hace de la verdad, es decir, del conocimiento de Dios, uno de los dones primitivos del hombre, su punto de partida, y hasta diré la columna miliaria de su destino.

¿Qué nos opondrá aquí, señores, el racionalismo? Voy á decíroslo.

Hace diez y ocho siglos que un procónsul romano llamó ante sí á un acusado, y despues de haberle mirado con la mayor atencion como si descubriese en su persona alguna señal muy notable, le dirigió estas breves palabras: «¿Eres tú el rey de los judíos?» El acusado respondió: «Mi reino no es de este mundo, si mi reino fuese de este mundo, mis ministros hubiesen peleado para que yo no fuese entregado á los judios, pero ahora mi reino no es de este mundo.» El procónsul continuó: «¿Eres, pues, rey?» El acusado respondió: «Vosotros decís que lo soy. En cuanto á mí, he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad.» Levantóse entonces el procónsul, diciendo: «¿Qué es la verdad? (1).» Esta palabra terrible, señores, es la misma que nos dirige hoy el racionalismo cuando le hablamos de la base de toda fe y de todo conocimiento; entonces nos dice como el romano: ¿qué es la verdad? Y debe decírnoslo, so pena de no protestar contra el fundamento mismo de todo el edificio religioso, que es la idea de lo verdadero en sí. Ahora, ¿cómo dejaría él de protestar hasta este punto? ¿cómo concedería él á la verdad el derecho de afirmarse sin que sufriese contradiccion? ¿Cómo no se esforzaria por abrir debajo de ella un abismo tan profundo como ella misma, y por hacer de la inteligencia una facultad sin certidumbre y sin otro objeto que un incomprensible enigma? Esto indicaria en él demasiada debilidad ó demasiado desinterés. Se ha guardado muy bien de cometer esta falta, y ha ido derecho á la cuestion que

(1) Evangelio de S. Juan, cap. 18, vers. 33, 36, 37 y 38.

precede á las demás; y mientras que el universo publica las obras de la verdad, que los siglos repiten su nombre, que los espíritus la contemplan, y que su accion se perpetúa por la evidencia y por la fe á través de todas las razas humanas, el racionalismo, oponiendo á este triunfo la sangre fria de una parte de sus sabios, ha preguntado en alta voz y sin temor: ¿Qué es la verdad? Él no ha negado, porque negar abiertamente una cosa es afirmarla mas. Él no ha dicho: no hay nada; sino que ha preguntado: ¿hay algo? Tampoco ha dicho: yo no sé, sino ¿qué sé yo? En una palabra, él ha levantado contra la verdad absoluta la fina cuchilla del escepticismo absoluto.

¿Debemos escucharle, señores? ¿Debemos hacer á la razon que renuncie al honor de oírle y responderle? Sí, escuchémosle, sepamos lo que puede hacer la inteligencia que se asusta de Dios, para aniquilarse temerosa de tener que adorarle. El escepticismo discurre de esta manera: el hombre ve en su espíritu cierta cosa, á la que da el nombre de ideas, unas secundarias y deducidas, y otras primordiales, sin principio generador y que constituyen el fundamento inexcrutable de su razon. Todas las conclusiones ulteriores del entendimiento salen de aquella primera fuente, donde el análisis discierne sin esfuerzo las nociones del ser, de la unidad, de lo infinito, de lo absoluto, del orden y de la justicia, que todas reunidas toman el nombre augusto de verdad, y otro todavía mas augusto: el de Dios. Hé aquí el hecho. ¿Pero porque el espíritu tenga tales ideas, se deduce que haya fuera de él unas realidades que correspondan á aquellas ideas? No es el espíritu en sí mismo quien es el ser, la unidad, lo infinito, lo absoluto, el orden y la justicia, ni tampoco son estas cosas las que percibe el espíritu directamente. Él no ve sino la sombra de ellas, si es permitido hablar así, y la misma palabra idea, si se considera su origen, no quiere decir sino imágen. ¿Pero quién nos responde de que la imágen sea exacta, ni aun producida por un objeto real? ¿Cómo siendo la inteligencia limitada, podría ser el espejo de lo infinito? ¿Cómo siendo contingente, relativa, falible, podría ser el espejo de lo necesario, de lo eterno, de lo justo y de lo perfecto? ¿Dónde está la prueba de que la vision ideal no os engañe, ni de que sea otra cosa mas que el sueño permanente de un ser pasajero? Nosotros creemos que nada hay de esto, pero lo creemos sin demostrárnoslo; y en vano trataríamos de establecer esta demostracion, porque toda demostracion supone unos principios de donde parte, y lo que aquí se trata de probar son esos mismos principios del entendimiento. El hombre encuentra aquí un obstáculo inven-

cible; puede muy bien remontarse por el Nilo de su pensamiento hasta los elementos en donde nace; mas allá se pierde en una contemplacion que no le da otra cosa sino la repetición estéril de las ideas que emplea para elevarse mas. El espíritu se convierte en un eco que se responde á lo mismo que él habla, y pareciéndole que su voz viene de mas lejos, no añade á su impotencia sino una ilusion.

Yo no creo, señores, que el escepticismo haya dicho nada mas fuerte que lo que acabais de oír; quizá lo ha dicho de un modo mas científico, es decir, mas oscuro, pero no con mas energía y sinceridad. Desde ahora confieso que es imposible demostrar las ideas primitivas que forman como la sustancia íntima de nuestra razon; porque si pudiesen demostrarse dejarían de ser primitivas y habría otras que lo fuesen, en las que se nos ofrecería la misma dificultad que en estas. No se demuestra sino lo que es una consecuencia, nunca lo que es un principio. Ahora, siendo nuestra inteligencia la facultad de un ser finito, no puede ser iluminada sino por derivación, es decir, por una luz que empiece en cierto punto y termine en otro; por una luz, finalmente, que tenga un principio y un fin. En el estado de principio la luz es un axioma, en el de fin es un misterio. Tanto el axioma como el misterio son indemostrables; el primero á causa de su misma claridad, el segundo por su misma oscuridad. Del mismo modo que la oscuridad del misterio es insuperable, la claridad del axioma es irresistible; razon por la cual el entendimiento encuentra, en los dos extremos del horizonte que abraza, unos límites en donde se estrella su poder y en donde cesa su libertad. Nada puede contra el esplendor de las verdades primeras, nada contra la sombra de las verdades últimas; agótase delante de aquellas y cede fatalmente á estas. Esta es la razon por la cual el escepticismo absoluto es un esfuerzo contra naturaleza, que no tiene otro paradero que engañarse á sí mismo, y poner los actos humanos en perpetua contradicción con los raciocinios del sabio: « Si hay, dice Pascal, una impotencia de probar, invencible para el dogmatismo, hay otra impotencia de dudar, invencible para el pirronismo. » Nosotros no pretendemos mas, porque ¿qué es la certidumbre, sino la impotencia de dudar? ¿Qué la certidumbre racional, sino la fuerza invencible de una evidencia que encadena el espíritu? Ciertamente es que el escepticismo se eleva contra la evidencia de las ideas primordiales, y que la acusa de ser puramente subjetiva, es decir, de no llegar hasta la vision del objeto que re-

presentan las ideas. ¿Mas qué importa, si esta evidencia nos persuade natural é invenciblemente de la realidad de las cosas, de las cuales son las ideas una representación? No hay mas que Dios, que siendo el ser, la unidad, lo infinito, lo absoluto, el orden y la justicia, confunda en su mision el sugeto y el objeto; el sugeto que ve, y el objeto que es visto. En cuanto á nosotros, señores, que poseemos la verdad, sin ser la verdad, no tenemos otro medio natural de verla y de estar ciertos de su presencia, que la luz donde ella se nos aparece; luz mediadora que se identifica con nuestro espíritu, y que adhiriéndose á él, como parte de él mismo, no le deja otro recurso para dudar que el de un suicidio, tanto mas impotente cuanto que no se verifica nunca.

Por lo demás, hay que confesar que nada puede responderse al escepticismo absoluto; porque no hay respuesta posible, para quien hace un objeto de duda de sus ideas, de su palabra y hasta de la duda misma. Responder, es suponer una realidad aunque no sea mas que la de la objecion; ahora, destruyendo el escéptico toda realidad, su objecion se abisma con él en la nada que él se crea. Delante de una sombra es suficiente el callar; vivir es suficiente, contra un muerto, tanto mas, señores, cuanto que el escepticismo no es sino una enfermedad de un corto número de espíritus depravados, que á pesar de toda la energía de su orgullo, y de toda la gloria de sus aberraciones, jamás han podido escapar al castigo de la soledad. La universalidad de las inteligencias ha desdeñado constantemente sus sofismas, y ha creído con una fe incorruptible en la realidad de lo verdadero. ¿Qué mas podríais apetecer? El error no es algo, sino por la adhesion de los hombres; allí, donde la humanidad no se halla en cierta proporción, no le queda al error sino el hacer mucho ruido dentro de un sepulcro. Este es un fantasma que quisiera infundir miedo; pero hay dos risas que le castigan de su presuncion: la de Dios, y la del género humano. Esto es suficiente para Dios, para el género humano y para mí.

Con todo eso, señores, si el escepticismo absoluto no es sino una quimera sin importancia, no sucede lo mismo con otra especie de escepticismo, que atreviéndose á habérselas con la verdad no de tan arriba, y no disputándola su primera base, produce un estado serio de la inteligencia, del cual es necesario ocuparnos. El escepticismo absoluto pone en duda las nociones primitivas que componen el fondo de la razon humana y por consiguiente la idea misma de Dios; el escepticismo relativo ó imperfecto se adhiere al absoluto, pero no le